



La red como herramienta de investigación

Por Heather Dewar

Los proyectos ambientales requieren de mucho trabajo de campo. Cuando el equipo ambiental del diario *Baltimore Sun* decidió hacer una serie sobre la contaminación por nitrógeno en todo el mundo, internet resultó un vehículo muy útil. El columnista ambiental del *Sun*, Tom Horton, y yo tuvimos la suerte de trabajar con editores dispuestos a invertir en viajes al extranjero. Un recorrido inicial por la red nos ayudó a aprovechar al máximo esos valiosos días. Y aprendimos algunos trucos que mejoran la cobertura internacional sin incrementar los costos, algo muy importante en una época en la que las redacciones tienen un presupuesto para viajes casi inexistente.

En las etapas iniciales del proyecto utilizamos la red como una especie de aspiradora para absorber toda la información sobre el efecto del nitrógeno en las aguas de las costas de todo el mundo. Buscamos en la base de datos *Lexis-Nexis*, en las publicaciones especializadas *Science* y *Nature*, y en los sitios del Banco Mundial, la Organización para la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO) y grupos ambientales internacionales. También realizamos extensas entrevistas con los principales expertos estadounidenses en el tema de eutrofización costera (la eutrofización es el deterioro de las aguas provocado por desechos líquidos y sólidos y por el uso excesivo de fertilizantes; nota del editor).

Pronto comprobamos que ningún otro diario había hecho lo que nosotros queríamos realizar, es decir, una investigación a nivel mundial del auge en el uso de fertilizantes de nitrógeno a partir de la segunda guerra mundial y la manera en la que esos fertilizantes y los combustibles

fósiles han modificado la composición química de la tierra. Sabíamos que había suficiente investigación científica para que el proyecto fuera viable y teníamos una lista de regiones afectadas: el Báltico, el Golfo de México, la costa de China y la barrera de coral (*Great Barrier Reef*) en Australia, entre otras.

Una vez que convencimos a nuestros editores de hacer el proyecto, utilizamos la red para refinar nuestros planes de viaje. Por ejemplo, encontré un mapa del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (www.usda.gov) que muestra los condados de este país que utilizan más fertilizantes de nitrógeno. El mapa me llevó hasta el río Raccoon, en Iowa, el más cargado de nitrógeno de todos los ríos que fluyen al Mississippi y a la "zona muerta" del Golfo de México.

Creamos un archivo a partir de tres búsquedas en *Lexis-Nexis* utilizando las palabras: nitrógeno y contaminación del agua, algas dañinas y acuicultura (ésta última porque recibimos informes anecdóticos de Asia que nos convencieron de que se trata de una fuente de contaminación por nitrógeno importante y poco atendida). Di los comandos

necesarios para que las búsquedas se repitieran cada día y los resultados llegaran a mi buzón de correo electrónico. Cada día revisaba cerca de veinte noticias aparecidas en diarios en inglés de todo el mundo. Eso nos dio indicios sobre posibles fuentes y nos mantuvo actualizados sobre todo tipo de temas, desde la muerte de mamíferos marinos en California hasta el surgimiento de algas tóxicas que amenaza a las granjas de salmón en Escocia. También supimos de experimentos, algunos promisorios y otros descabellados, para controlar la contaminación por nitrógeno. (cont. pág. 4)



Hua Xijin solía transportar sobre su espalda toneladas de lodo del río para fertilizar su campo de arroz.

Foto: Liu Xin



Marea Roja en California

Ningún otro diario había hecho lo que nosotros queríamos realizar, es decir, una investigación a nivel mundial del auge en el uso de fertilizantes de nitrógeno.

Frank Langfitt, jefe de corresponsales del *Sun* en Beijing, fue reclutado al proyecto de investigación. Frank no tuvo problemas para hallar mareas tóxicas y zonas muertas a lo largo de la costa china. Pero para identificar con precisión la causa necesitábamos investigaciones científicas, que son escasas. La tendencia del gobierno chino a clasificar como secretas prácticamente todas las ponencias científicas tan sólo complica la situación.

Internet nos ayudó a burlar a los censores del gobierno. Desde Baltimore investigué en fuentes científicas e hice búsquedas en línea para identificar a los científicos chinos que entrevistaba Frank. De manera rutinaria se le negaba el acceso a sus investigaciones, pero acudió a fuentes occidentales para obtener los nombres de los científicos y sus colaboradores. Yo seguía usando internet para encontrar a esos investigadores en Estados Unidos, Alemania, Holanda y Australia, y ellos me enviaban por correo electrónico copias de sus materiales prohibidos.

Utilizamos otros sitios de internet para ir obteniendo los detalles del cuadro final. El Instituto Australiano de Ciencias Marinas (www.aims.gov.au) tiene un excelente sitio con información sobre el deterioro de los arrecifes de coral de todo el mundo. El Sondeo Geológico de Estados Unidos (www.usgs.gov) tiene información sobre la contaminación por nitrógeno en los pozos de agua potable

de este país. La FAO (www.fao.org) tiene una base de datos por año y por país de la producción y consumo de alimentos, la cual nos ayudó a documentar el incremento en el consumo de carne en los países en desarrollo, especialmente en Asia. Y encontramos un sitio creado por la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica (*National Oceanic and Atmospheric Administration*, heed.unh.edu) cargado de información sobre una serie de problemas ecológicos alrededor del mundo.

Por último, internet nos proporcionó algunas de las mejores fotos para la serie de reportajes. La fotografía que acompañaba el primer reportaje, una dramática toma de la marea roja, fue bajada del sitio sobre algas dañinas que mantiene el Instituto Oceanográfico Woods Hole (www.whoi.edu). Y cuando descubrimos que nos faltaba una fotografía crucial de un campesino chino rociando fertilizante, la obtuvimos en línea a través de un estudiante de posgrado de la Universidad de Cornell quien había hecho trabajo de campo en China.

Este joven geógrafo tenía la toma perfecta, y casualmente acababa de obtener un empleo en la Universidad de Maryland, en Baltimore. Nos cambió la fotografía por 25 copias del reportaje y una mención en el diario de su ciudad. Gracias a internet encontramos la fotografía que necesitábamos y él obtuvo un texto gratis para su siguiente seminario. ■

Heather Dewar es reportera ambiental del diario *Baltimore Sun*. Este texto apareció en el boletín *Uplink*, publicado por *Investigative Reporters and Editors* (IRE).

Antes de que la "revolución verde" llegara a China se requerían unas seis toneladas de lodo de río para fertilizar un campo de arroz más pequeño que la esquina de un campo de fútbol. Hua llevaba el lodo en su espalda, en cargas de 60 kilos, utilizando canastas de bambú colgadas de un palo.

Ahora Hua tiene 58 años de edad y le lleva tan sólo una semana rociar su campo con decenas de kilos de fertilizantes químicos, lo que le deja mucho tiempo libre para jugar *mah-jong* o pescar en el río cercano.

Lo malo es que ya no hay peces en el río. Ni tortugas, camarones o agua que se pueda beber.

Más abajo del campo de Hua está el poderoso Yangtze, el tercer río más largo del mundo y el último bastión de una especie amenazada de esturión que ha estado en la tierra por más de 50 millones de años. El Yangtze está tan contaminado con desechos industriales y fertilizantes provenientes de los campos de más de 300 millones de campesinos que ya no puede siquiera acercarse a cumplir las muy laxas normas ambientales chinas para los ríos industriales.

(Tomado de la serie *La cosecha mortal del nitrógeno*, publicada por el diario *The Baltimore Sun*)